



EL FERRO-CARRIL.

—Si el Retiro fuera mio, decia Fernando á su hermana, ya sé lo que haria.

—¿Qué harias? preguntó ésta.

—Es un secreto.

—Bueno; pues dímelo en voz baja.

—Entonces dejaria de ser secreto.

—Sí, pero los secretos que no los conoce nadie no tienen gracia.

—¿Lo crees así?

—Sí.

—Entonces, las niñas que pinta el señor Fernandez, el amigo de papá, ¿no tienen gracia?

—¡Oh, sí!

—¿Y sabes tú pintarlas como él?

—No.

—Entonces, ¿por qué dices que los secretos no tienen gracia?

Consuelo, que así se llamaba la hermana de Fernando, no encontró nada que responderle, y se puso á mirar unas flores.

—Si me prometes no decir nada á nadie, dijo al cabo de un momento su hermano, haré contigo una excepcion.

—Te prometo lo que quieras.

—Es que no es bastante prometer, es menester cumplir.

—¿Cumplir qué?

—Lo que se promete; pero tengo confianza en tí, y te lo diré si me ofreces no decírselo á nadie.

—A nadie, ni aun á Pablo.

—Pues bien; si el Retiro me perteneciera, cerraria las puertas con llave.

—Tambien las cierran ahora por las noches.

—Sí, pero yo las cerraria tambien de dia.

—¿Y á dónde se iria á jugar entonces?

—A cualquiera otra parte.

—¿Y despues?

—Despues iria á buscar todos los animales que hay allí encerrados.

—¿Y para qué?

—Para dejarlos andar libremente por el Retiro.

—¿Y qué harias en seguida?

—En seguida no haria nada, porque ya habia conseguido mi objeto, que era hacer el paraiso terrenal.

Consuelo miró á su hermano, y no pudo reprimir un gesto de desaprobacion.

—Te engañas, le dijo al fin, porque faltarian Adan y Eva.

—Eva no digo que no; pero lo que es Adan...

—¿Serias tú Adan?

—Sin duda; y despues compraria pan, y me pasearia por entre los leones y los tigres, que vendrian á echarse á mis piés. Si tú quisieras ser Eva, te pasearias conmigo.

—No quiero; tendria miedo de que me comieran.

Fernando guardó silencio durante algunos instantes.

—Desgraciadamente, dijo al fin, el Retiro no es mio, y de nada me serviria que te decidieras á acompañarme. ¿Quieres jugar al ferro-carril?

—Sí, pero con la condicion de que no has de correr mucho.

—Tú serás la locomotora; llama á Clotilde y á Pablo y ellos serán los wagones.

Pablo y Clotilde, que jugaban á corta distancia de nuestros dos interlocutores, aparecieron por una de las calles del jardin en que se hallaban estos, armados con palas de madera.

—Vamos á jugar al ferro-carril; ¿quereis ser los wagones? les preguntó Consuelo.

—Mejor quiero ser la locomotora, dijeron á un mismo tiempo los dos niños.

—No sois tontos, les dijo Fernando; pero habeis llegado demasiado tarde: la locomotora es Consuelo.

—Pues nosotros queremos ser tambien la locomotora, replicó Clotilde.

—Sin embargo, no podemos jugar al ferro-carril sin wagones.

—¿Por qué no haces tú de wagon?

—Porque soy maquinista y jefe de estacion. Vamos, Pablo, serás coche de primera clase.

—Entonces yo tambien, dijo Clotilde.

—Bueno, será un tren express.

—¿Sabes tú quién ha inventado los ferro-carriles? preguntó Consuelo á su hermano.

—Sí, y todo el mundo lo sabe, Salomon de Caus.

—¿Es acaso algun amigo de papá?

—No; ¿cómo quieres que un hombre que vivia en la época de Luis XIII sea amigo de papá? Era un ingeniero que vivió mucho tiempo en Inglaterra. No fué precisamente el ferro-carril lo que inventó; pero él fué el primero que descubrió la fuerza del vapor. El marqués de Worcester se aprovechó de las ideas de Salomon Caus, que éste le habia confiado en secreto; por eso los ingleses pretenden que ese marqués fué quien descubrió la fuerza del vapor. Eso es lo mismo que si tú dijeras ahora que eras la primera que habia pensado transformar el Retiro en paraiso terrenal.

—No; has sido tú, dijo Consuelo.

—Se ha dicho que el cardenal de Richelieu habia hecho encerrar á Salomon de Caus en Bicetre, añadió Fernando; pero los sábios modernos han probado que no es cierto. Despues de Salomon Caus vino Dionisio Papin; este construyó una marmita para demostrar la fuerza del vapor, y un buque movido por una caldera, que hizo navegar por el Fulde, un rio de Alemania. Pero el verdadero inventor de los ferro-carriles es Stephenson, un pobre obrero que llegó á ser ingeniero, y fabricó la primera locomotora.

—¿Y en dónde se coge el vapor? preguntó Consuelo.

—No se coge, se fabrica. ¿No has notado cuando hace dulce la cocinera la nube que se forma encima de la vasija donde lo hace?

—Sí, un humo que no lastima la

vista como el que sale de la chimenea.

—El humo de la chimenea contiene materias sólidas, y el vapor no es mas que un gas. Supongamos que se cierra la vasija del dulce, de modo que el vapor no pueda salir, y que la cocinera continuara calentándolo, ¿sabes lo que sucedería?

—Que el dulce se quemaría, y no se podría comer.

—Pues sucedería además otra cosa, dijo Fernando: el vapor, no pudiendo salir, seguiría aumentando, y concluiría por hacer saltar la vasija.

—¿Luego es muy fuerte el vapor?

—Mas fuerte que el leon y el elefante reunidos. Los físicos han querido conocerlo con exactitud; ¿y á que no sabes lo que han encontrado?

—Habrán encontrado... habrán encontrado...

—No te canses, no lo puedes adivinar. Han encontrado que una botella de agua convertida en vapor, bajo la presión de una atmósfera, aumenta *mil seiscientas noventa y ocho veces* de volumen; es decir, que con una botella de agua podrias llenar mil seiscientas noventa y ocho de vapor.

En este momento los dos wagoes, que empezaban á perder la paciencia, alzaron la voz.

—Sino se juega al ferro-carril me voy, dijo Clotilde.

—Y yo tambien, dijo Pablo.

—Tengan ustedes paciencia, respondió Fernando: estamos esperando á los viajeros.

Los wagoes se resignaron.

—¿Es menester silbar para anunciar la partida? preguntó Consuelo.

—Sí, pero todavía no; antes voy á explicarte lo que se entiende por una atmósfera.

—No es preciso.

—¿Cómo! ¿quieres ser locomotora sin saber á cuántas atmósferas te has de poner, y sin conocer por qué vas á marchar?

—Sí lo sé; moviendo las piernas.

—Entonces, ¿las locomotoras tienen piernas?

—Es que yo no soy una locomotora de verdad, exclamó Consuelo.

—Cuando yo juego á una cosa, dijo Fernando, juego bien ó no juego. Si no supiera mi obligacion, no me tomaría el trabajo de ser jefe de estacion, porque los trenes chocarian y habria una infinidad de desgracias. Aprende, pues, para conducirte como una verdadera locomotora, lo que se entiende por atmósfera, que es la presión que ejerce sobre nuestro globo el aire de que está rodeado, presión que se equilibra con una columna de mercurio de 70 centímetros de alto. Si lo dudas, no tienes mas que repetir la experiencia de Torricelli, así como la que hizo Blaise Pascal sobre la torre de Saint-Jaques, lo que le valió que le erigieran una estatua.

—Tanto mejor, dijo Consuelo; ¿partimos ya?

—Sí, sí, partamos, exclamaron los wagoes.

—Esperad, dijo el jefe de estacion con voz imperiosa; ¿en dónde habeis visto que los wagoes se pongan en camino solos, sin señal, sin orden, y marchando de cualquier modo? Además, ¿á dónde van ustedes?

—A Getafe.

—A Vicálvaro.

—A Pinto.

—¿Y si yo, el jefe de estacion, quisiera que el tren fuera á Pozuelo?

—Vamos á Pozuelo, pero partamos.

—¿A cuántas atmósferas has calentado tu locomotora? preguntó Fernando á Consuelo.

—A veinte.

—Es imposible. Piensa que la fuerza de una atmósfera equivale á una presión de 10.333 kilogramos por metro cuadrado, y el agua marca entonces 100 grados. A 180 grados, el vapor tiene el peso de diez atmósferas, y representa una resistencia de 103.400 kilogramos; á cien atmósferas, serias peor que un volcan: siete ú ocho atmósferas son bastante. ¿Estamos en disposicion de marchar?

—Sí.

—Bien, silba dos ó tres veces antes de partir. Pero no es un pito lo que tienen las locomotoras, sino un timbre, que suena á voluntad del maquinista por medio de un escape de vapor. Si tú fueras como yo, amiga del jefe de estacion, sabrias todo esto.

El tren partió por fin, arrastrado por la locomotora.

—Sopla, sopla, gritó Fernando, corriendo hácia el sitio designado para estacion.

Los wagoes, excitados por el ejemplo de la locomotora, se pusieron tambien á soplar. Al dar una vuelta, el tren se descompuso completamente. La locomotora, demasiado ardiente, tomó la delantera; el primer wagon seguia á cierta distancia, y Pablo, que se habia quedado el último, gritaba olvidando su papel.

El jefe de estacion multiplicaba en vano las órdenes y las señales.

La locomotora, arrastrada por una infinidad de atmósferas, pasó la estacion sin detenerse. El segundo wagon consiguió alcanzar al primero, y le cogió por los cabellos. La locomotora tuvo

que retroceder para recoger los wagoes que se habian quedado en el camino, recibiendo algunos golpes. El jefe de estacion, que habia tenido el valor de interponerse, recibió bastantes empujones. ¡Qué desastre, gran Dios! Cuando volvieron al punto de partida, á pequeña velocidad, la locomotora sudaba, el primer wagon lloraba, y el segundo gritaba que iba á jugar solo al ferro-carril.

En cuanto al jefe de estacion, el inventor del moderno Paraiso terrenal, consiguió á fuerza de caricias, de exhortaciones, y sobre todo, de promesas, poner el tren en órden.

—Ya ven ustedes, dijo, lo peligroso que es el vapor; por este motivo se deben escoger para maquinistas y fogoneros hombres frios y valientes que tengan presencia de ánimo, inteligencia y actividad. Hemos hecho poco caso de las señales, y esa ha sido la causa de nuestro descarrilamiento. Pongan ustedes atencion á lo que voy á decir, y llegaremos á Pozuelo con toda felicidad. Al principio, y en cuanto se ponga en marcha el tren, haré de guarda-aguja; si levanto los brazos ó agito una bandera, que será mi pañuelo, es menester detenerse. Si la bandera está arrollada, el tren continuará su marcha. No tenemos un disco cuya luz roja nos indique que la via está interceptada, ó cuya luz blanca nos indique que está libre; pero nos pasaremos sin él. Tú, Consuelo, no te olvides de que un silbido de la locomotora quiere decir atencion, dos indican que se cierren los frenos, y un golpe seco es la órden de marchar.

—¿Es eso todo?

—Sí; mejor dicho, no. No te olvides tampoco de que somos un tren ómni-

bus, que debes consumir ocho kilogramos de carbon por kilómetro, y recorrer 30 por hora.

—¿Quién hará la campanilla que suena en la estación mientras que el tren está esperando? preguntó Consuelo.

—Esa campanilla, que es un aparato eléctrico que previene al jefe de estación que el disco está bien colocado, no nos hace falta, porque no hay mas que un tren.

—¿Quieres tú que en medio del camino haga saltar la máquina? dijo Consuelo. Nos salvaremos gritando y nos divertiremos mucho.

—No, respondió Fernando: las nuevas calderas tubulares son inexplosibles, así que no pueden saltar.

En seguida, y despues de haber echado una última mirada sobre el tren, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viajeros para Pozuelo, al tren!

—¡Fú! ¡fú! ¡fú! hizo la locomotora.

—Cric, cric, cric, respondieron los wagoes.

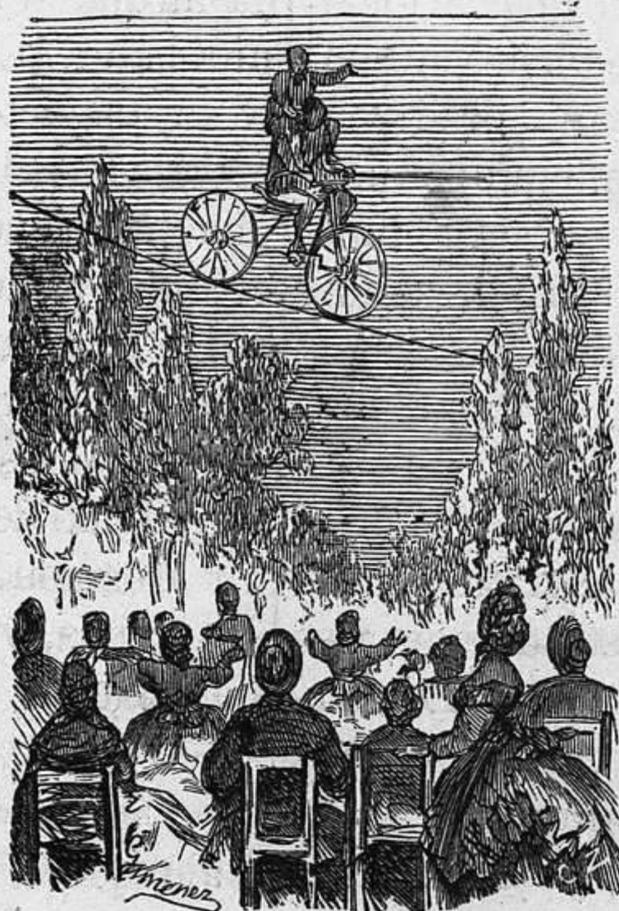
El tren partió por fin, y poco tiempo

despues llegaba á la estación con toda felicidad, con gran satisfaccion de Fernando, que le decia á Consuelo:

—La locomotora es una máquina admirable, que va, viene y se mueve con una docilidad sin igual.

Su fuerza muscular es prodigiosa, y su rapidez es, por decirlo así, la del viento mas impetuoso. El noble monstruo consume mucho sin duda, pero su alimento se saca de las entrañas de la tierra: respira, pero el aire que exhalan sus pulmones es un vapor abrasador; bebe, pero el agua que encierra su enorme estómago de bronce, sale de su cuerpo convertida en humo; sus músculos son de hierro y de acero; sus piernas son círculos con cien patas móviles, y su voz es tan pronto el silbido de la serpiente, como el rugido del tigre. Cuando despues de haber devorado el espacio, ha concluido su rápida carrera, entra como un corcel fatigado en la cuadra, en donde le espera un corto reposo. Bien pronto vuelve á salir para emprender de nuevo sus útiles trabajos.

LUCIANO BIART.





UNA OBSERVACION EN UN VIAJE.

Quien viaja mucho, observa mucho.

Yo he viajado bastante, aunque no tanto como quisiera, y he observado por consiguiente muchas cosas.

¡Cuántas veces han ido conmigo en la diligencia niños acompañados de sus padres, niños ricos, acostumbrados á todas las comodidades que proporciona la riqueza, y que por consiguiente, llevaban muy á mal la pesadez del viaje, el mal movimiento del coche, los gritos de los mayores, y todos los demás inconvenientes de un viaje en diligencia!

—Estos niños, me decia yo, no están acostumbrados á sufrir, Dios los bendiga y les evite todo sufrimiento; pero creo que sus padres, en vez de darles la razon cuando se quejan y procurar calmarlos con promesas, y quejarse lo

mismo que ellos se quejan, debian persuadirles de que no tienen motivo de quejarse, de que deben ser tolerantes y sufridos y no impacientarse por leves incomodidades, pensando que acaso la suerte les reserve verdaderos pesares é infortunios en el curso de su vida, y entonces necesitarán mucha mas paciencia, mucha mas resignacion.

Llegaba la diligencia á un pueblecito pobre, como son desgraciadamente tantos pueblos de España, y mientras se cambiaba el tiro, oia yo á los niños viajeros:

—¡Qué pueblo tan malo! ¡ay! ¡qué mujer tan asquerosa! ¡qué tio tan feo! ¡qué chicos tan súcios!

Y á los niños del pueblo que se les acercaban curiosos de ver sus vestidos de abrigo, sus bonitos sombreros, sus

guantes, sus elegantes botitas de camino, los rechazaban como si fueran apestados, y parecia como que les ofendia la presencia de aquellas criaturitas inocentes.

Y yo pensaba:

—Estos niños deben estar muy mal educados, porque si no no se atreverian á decir que es malo un pueblo que es tan pátria suya como Madrid; no llamarian asquerosa á esa mujer que es una buena madre de familia, y no se burlarian de los abigarrados remiendos del vestido que lleva, que son señal de tres condiciones muy dignas de respeto, la pobreza, la honradez y la laboriosidad; no se burlarian tampoco de ese hombre, curtido por el sol, que trabaja sin descanso en labrar la tierra para mantener á su familia, y que, á los sesenta años que ya ha cumplido, no tiene que acusarse de una mala accion siquiera; y no se apartarian con horror de aquellos niños descalzos y miserables, recordando que muchos grandes hombres, sábios, héroes, eminencias de la iglesia, artistas, escritores famosísimos, han sido hijos del pueblo, pobres, andrajosos y miserables,

y han merecido ocupar los primeros puestos de la nacion y las mejores páginas de la historia.

Por alta que haya colocado la suerte vuestra cuna, no desprecieis, niños, jamás lo que veais pequeño y miserable comparado con vuestra grandeza.

El pueblo mas miserable, la aldehuela mas ignorada, tienen el mismo sol que el palacio del magnate, y han sido cuna de hombres útiles á la sociedad, y en el mendigo mas abandonado de la fortuna hay un corazon como el vuestro, como el vuestro capaz de los mas elevados sentimientos, y cada niño descalzito, desnudo, asqueroso, si quereis, es un ser hijo de Dios lo mismo que vosotros, y que sus padres, si son buenos y honrados, no cambiarian por todas las riquezas del mundo.

En suma, el amor á la pátria es amar lo mismo la capital bella y grandiosa, que el villorrio mas triste y feo. Aquella y este son España, nuestra querida pátria, por la que debemos dar toda nuestra sangre, y el amor al prójimo es amar lo mismo al rico que al pobre, lo mismo al grande que al pequeño.

PENSAMIENTOS MORALES.

Nada hay en este mundo tan imperturbable como una buena conciencia. Conservad siempre ese supremo bien. Estar en guerra con otra persona es una desgracia que puede repararse, sobre todo si la culpa es de la otra persona. Pero estando en guerra consigo mismo, ¿qué se hace?... ¿Cómo huir de ese enemigo íntimo, de ese inseparable juez que se llama la conciencia?

La condicion que distingue al fuerte no es la de que sea insensible al dolor: es la de que sabe sufrirlo y soportarlo.

En medio del dolor el hombre mas fuerte puede dar un grito; pero el sábio, superior al fuerte, calla resignado.

Si quieres dar un consejo á tu amigo, asegúrate antes de que es un consejo desinteresado.



EL NIÑO HOLGAZAN.

¡Cuidado que es feo vicio la holgazanería! Joaquinito tiene esta enfermedad, y ahí le estais viendo, queridos lectores míos, con el libro cerrado sobre la mesa, y pensando en las musarañas, cansado de descansar, y esperando que su papá tome el sombrero y salga, para irse él á jugar con una caja de soldados prusianos que le ha comprado su mamá en los Alemanes á su hermanito menor, y la lección... la estudiará *mañana*.

La holgazanería crónica de este niño, el horror que tiene á los libros abiertos, la costumbre de dejarlo todo para *mañana*, son tres males gravísimos que pueden prepararle un triste porvenir.

Desde niños debeis acostumaros á ejercitar las facultades que Dios os ha concedido, á estudiar en los libros, donde están las reglas del bien hablar, la cultura, la ciencia, los grandes y elevados pensamientos de los sábios, la historia de vuestra patria y del mundo.

Así, cuando llegueis á la juventud, tendreis ya un caudal de conocimientos utilísimos y una costumbre de estudiar que os será muy provechosa, y os evitará los terribles males que engendra el vicio.

No imiteis nunca al niño holgazan, que nada hace, nada aprende, nada sabe y de nada sirve.

VIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

Asombrado el niño de estas cosas, dijo:

—¿Sabe V. que es cosa de llamar la atención su balanza? Pero observo que aunque tiene dos platillos, no dá más que un comparativo mas pesado.

—Te engañas, son dos los que dá: el platillo que baja dice *mas* pesado; el que sube dice: *menos* pesado. Hé ahí los dos comparativos de que hablan los gramáticos, el comparativo de *superioridad* y el de *inferioridad*. Tú bien comprenderás lo que significan estas palabras.

—Perfectamente; ¿y cuando los dos platillos quedan al mismo nivel?

—Ese es el comparativo de *igualdad*; por ejemplo: *tan pesado*.

Otras preguntas iba á hacer sin duda el niño, cuando de repente se oyó un grande alboroto. Era el señor Superlativo que llegaba á grandes zancadas, haciendo chasquear su látigo y sacudiendo los gruesos cascabeles de que estaba adornado su traje. Como sucede comunmente en todos los gigantes, el rostro no tenia nada de particular, pero cabalgaba sobre larguísimas piernas, y sobre la cabeza llevaba un gran penacho, cuyo fin no se alcanzaba á ver. Vino á colocarse entre sus dos hermanos, estendió en actitud teatral sus inmensos brazos por encima de ellos, y dijo con un tono de benévola proteccion:

—Yo soy el mas grande de los tres.

Luego les volvió de repente la espalda y cruzó los brazos sobre el pecho: su figura tomó una expresion de contentamiento absoluto, y sonriendo dejó escapar de sus lábios estas palabras:

—Yo soy muy grande.

El niño estupefacto no se cansaba de admirar á este cómico personaje; tan portentoso y magnífico le parecia: pero el mágico creyó que debia arrancarle de su muda contemplacion.

—No se trata únicamente de mirar, dijo, es preciso escuchar tambien para aprender. ¿Has fijado tu atención en las pocas palabras que ha pronunciado el recién venido? Con ellas te ha mostrado los dos superlativos, el *relativo*, que expresa la superioridad de un objeto, relativamente á los demás que le rodean, y el superlativo *absoluto*, que la expresa de una manera absoluta, considerando el objeto aisladamente, sin tener términos de comparacion.

Mientras así hablaba el mágico, el arrogante Superlativo se habia retirado á un lado con sus hermanos, y se daba con ellos un aire de importancia como el de un gran señor. Para demostrar á su hermano el Positivo cuán superior era á él, haciendo un gesto desdenoso levantó una de sus piernas y la pasó por encima de la cabeza de su hermano. El rechoncho Positivo, que le habia dejado mostrar aquellos hu-

mos de capitan sin darse por entendido, debió de picarse con aquella demostracion irrespetuosa. Se agarró á la pierna del insolente con una mano que no se hubiera creído tan fuerte, y echó á rodar al gigante sin necesidad de hacer un grande esfuerzo.

Esta fué la señal de una retirada general; el Comparativo corrió hácia su hermano mayor para levantarlo, y le ayudó á ponerse en pié cojeando. El Positivo viéndose solo, partió con tante sosegado y fué á reunirse con ellos como si nada hubiese pasado.

—Esto puede enseñarte, hijo mio, exclamó el mágico, á no dejarte deslumbrar por la prosopopeya de las palabras retumbantes. *Bello y grande*, por ejemplo, son expresiones de mas fuerza que *muy bello* y *muy grande*. Nunca se dice «Dios es muy grande,» se dice sencillamente «Dios es grande.»

Ahora, señor Adjetivo, continuó, ¿tiene V. alguna otra cosa nueva que enseñarnos?

—Por mi parte nada mas, á no ser que descendiéramos á ciertos detalles de explicacion que solo el maestro debe enseñar á los niños, porque son de escasa importancia, y no los considero muy á propósito para un viaje de esparcimiento y recreo.

—Tiene V. mucha razon, respondió el mágico. Como todavía nos quedan bastantes cosas que ver, vamos á despedirnos del Nombre y de sus buenos servidores para continuar nuestra excursion.

Llegaron, pues, nuestros viajeros á donde estaba el Nombre, quien adivinando cuáles serian sus deseos, se volvió hácia el Pronombre y le dijo:

—Mi querido lugarteniente, le dejó

á V. por un rato en libertad para que pueda V. conducir á su casa á estos buenos amigos y mostrar á este niño las curiosidades que allí encierra, despues de lo cual puede V. llevarle á casa de su amigo el Verbo, á quien saludará V. en mi nombre. Dígale V. de paso que estoy siempre esperando á que me mande sus infinitivos que de tanto me servian en otro tiempo, y que ahora él me los ha quitado sin razon alguna que lo justifique.

—¿Qué quiere decir con esto de los infinitivos? preguntó el niño al mágico.

—Eso ya te se explicará despues. Mientras tanto, despídete de los nuevos amigos cuyo conocimiento te he proporcionado, pues no es fácil que volvamos á verlos en el curso de nuestro viaje.

El niño corrió desde luego hácia los dos artículos, que eran los que le interesaban mas por ser de su misma edad, y los abrazó con ternura.

—No nos olvidéis, le dijo *El*, y acuérdate bien de que es preciso colocarme delante del nombre cuando el objeto que representa tiene alguna circunstancia particular que impida confundirle con los demás objetos de su especie.

—Piensa en mí, le dijo *Un*, y empléame siempre que tengas que nombrar un objeto cualquiera que no esté determinado de una manera precisa.

—No tengais cuidado, respondió el niño. Ya sé cuándo he de decir *El perro de mi tío*; *Yo tengo un perro*. Procuraré no olvidarme de vosotros. Y á usted, señor Adjetivo, tampoco le olvidaré. Tendré buen cuidado de no ponerle á V. en singular cuando el nombre esté en plural, ni ponerle en mas-

culino cuando acompañe á un nombre femenino.

—Anda con Dios, pequenuelo; pon tambien mucho cuidado en no emplear aquellos anteojos de diversos colores, que ya sabes, cuando tengas que colocarme delante de un nombre, ya sea masculino ó femenino, singular ó plurales.

—¿Y á mí, preguntó el Nombre, nada tienes que decirme?

—¡Ah, sí! Yo le agradezco á V. de todo corazon el que me haya hecho ver cosas tan curiosas y dignas de verse. Yo no me habia jamás figurado que fueran tan bonitos los nombres abstractos. Mi profesor no me habia dicho nada de esto.

—No se le puede exigir tanto, querido niño; tiene bastantes cosas en que pensar cuando te dá la leccion. Aquí solo te hacemos jugar, y únicamente te se hace ver la superficie barnizada de las cosas para que entres en gana de conocerlas; pero lo que hay en el fondo de ellas es necesario conocerlo tambien, y cuando vuelvas de tu viaje, en lugar de pedir á tu profesor que principie de nuevo estos juegos, deberás rogarle que te enseñe el resto, que no es mas divertido para él tampoco. Si andando el tiempo tú tienes tambien algun pequenuelo á quien hacer estudiar, verás cuán difícil es saber acertar el mejor camino entre la confusion de las diferentes gramáticas, pues mientras que la una dice blanco la otra dice negro, y entonces comprenderás cuánta gratitud debes al que se ha consagrado á hacerte conocer ciertas cosas de difícil explicacion, como por ejemplo, todo aquello del sustantivo.

—Mucho le agradezco á V., señor Nombre, dijo la mamá, la molestia que

se toma en dar á mi niño tan juiciosas explicaciones y tan sábias advertencias. Yo no estaba segura de poder hacerle aprender ciertas cosas, cuyo conocimiento es, sin embargo, de imprescindible necesidad.

—Vaya, cuando Vds. gusten, podemos ponernos en camino, dijo el Pronombre interrumpiéndola; tengo en mi casa muchas cosas dignas de llamar la atencion, y que este niño verá con mucho gusto; pero quisiera hacerlo con la brevedad posible, á fin de no estar mucho tiempo ausente de mi señor el Nombre, que muy á menudo necesita de mis servicios.

—Marchemos, pues, dijo el maestro: amigos míos, quedad en paz.

Abandonaron nuestros viajeros el palacio del Nombre y los bellos jardines que lo rodeaban, y siguiendo un caminito que atravesaba una pequeña colina, se hallaron á la caída de esta á la vista de una linda casa, si bien mucho mas pequeña que la que acababan de abandonar, no menos agradable por su gracioso aspecto y las comodidades que revelaba.

—Hé aquí mi modesta vivienda, dijo el Pronombre. Como yo no tengo tanta familia ni tanta servidumbre como mi señor el Nombre, ni necesito los inmensos almacenes que necesita él para guardar todas sus riquezas, pues sin disputa es el mas rico de todo el país; mi albergue, como Vds. ven, es reducido en comparacion de su palacio, del cual solo han visitado Vds. una pequeña parte.

—Sin embargo, dijo el mágico, aunque tan modesto quiera V. aparecer, y por mas que su familia sea reducida, preciso es confesar que presta V. al Nombre grandes servicios, y que sin V.

se vería muy apurado para atender á todas las necesidades del idioma que reclamarán su presencia.

—Es verdad, dijo el Pronombre sonriendo satisfecho.

Luego, volviéndose al niño, continuó:

—Tú ya sabes, porque mil veces te lo habrán dicho, que mi empleo ú oficio se reduce á servir de suplente al Nombre para evitar la repetición de él, ingrata á veces al oído, y sobre todo para ahorrar palabras. Es necesario que tengas esto muy presente, y que entiendas que en cualquiera parte que veas un pronombre está ocupando el lugar de un nombre que se sobreentiende. Voy á hacértelo comprender con un ejemplo:—«El hombre lleva siempre *consigo* un censor que *le* reprenda *sus* vicios.»—Si no hubiera pronombres, esa frase ú oración habría que formularla necesariamente de este modo:—«El hombre lleva siempre con *el hombre* un censor que reprenda *al hombre* los vicios *del hombre*.»

—Pues sería una cosa pesada y monótona, dijo el niño, el tener que repetir tantas veces una misma palabra.

Ahora comprendo la gran utilidad de pronombres que absorben y simplifican de tal modo lo que se habla.

—Y dan sobre todo cierta elegancia y gallardía al lenguaje, que de otra manera sería ingrato y mal sonante, añadió el mágico.

—Lo que tiene el no reflexionar en las cosas, dijo la mamá; nunca se me había ocurrido la idea de que tan grande fuese la importancia de esas palabras tan cortas y al parecer tan insignificantes á las que se llama pronombres.

—Consiste, señora, en que la modestia es una de las mayores virtudes. Tan útiles y necesarios como son los pronombres, tan humildes se ofrecen en la apariencia, tanto que apenas hay quien repare en lo interesante del papel que desempeñan.

En esta conversación habían llegado á la puerta de la casa, donde se detuvieron.

—Pasen Vds. adelante, dijo el Pronombre deteniéndose en el umbral, que voy a tener el gusto de presentarles á toda mi familia.

(Se continuará.)

EL CEDRO Y LOS ESPINOS.

FÁBULA.

En una amena selva pomposo y engreído un cedro descollaba sobre humildes espinos. El céfiro suave le halaga, y presumido moteja á los arbustos de pobres y raquíticos. En esto se encapota el cielo, y á bramidos anunciaban los truenos los rayos vengativos.

Desciende uno furioso y deja de improviso al orgulloso cedro hasta su pié abatido. Así pagó soberbio presunciones de altivo, y así quedaron libres los humildes espinos. Esto pasó en la selva, pero sirve de aviso de que á los hombres vanos les sucede lo mismo.

EVA Y MARÍA.

Cuando Jehová, del mundo soberano,
Sacar los orbes de la nada quiso,
De su bondad por inefable arcano
Formó al hombre en celeste paraíso.
Compañera le dió su santa mano
Y cuanto á su ventura fué preciso;
Y Eva y Adan que juntos se veían
En almo Eden con júbilo vivían.

Su dicha viendo, sierpe tentadora
Turbarla codició, de envidia llena;
Y á la mujer sedujo, que en mal hora
Cual Dios queriendo ser, labró su pena.
Y la que hermosa fué cual limpia aurora,
Y tuvo el alma noble al duelo ajena,
Prevaricando, al punto se convierte
En sierva del dolor y de la muerte.

«¿En dónde estás, Adan?» clamó indignado
El Supremo Hacedor, á tal delito;
Y él se escondió sabiendo su pecado,
Puesta en su faz la mengua del precito.
Y en la frente de aquel infortunado
Con signos invisibles quedó escrito:
«De vil soberbia tu dolor procede:
Solo excelsa humildad salvarte puede.»

¡Noche de siglos! Con pesado vuelo
Pasaron cien y cien generaciones,
Y sin descanso el hombre ni consuelo,
Víctima fué de rudas aflicciones.
Abrojos por do quier brotaba el suelo;
Siervo se vió de impúdicas pasiones;
Y en tal tiniebla solo en lontananza
Lanzaba un rayo el sol de la esperanza.

¡Radió por fin su luz! Jehová clemente
Quiso cortar tan bárbara pelea,
Y suscitó una Virgen inocente
En una pobre casa de Judea.
Nuncióle Dios su Verbo Omnipotente,
Y ella repuso: «¡Cual lo quieres, sea!»
Y en el seno de aquella *Inmaculada*
El Santo Redentor hizo morada.

¡Oh, divina mujer! Por tí el profundo
Dolor trocóse en goces inmortales:
Si Eva perdió con su soberbia al mundo,
Borraste tú con la humildad sus males.
Calló el rugido del dragon inmundo,
Himnos de paz sonaron celestiales,
Y do brotaban cardos punzadores,
Fué nuevo Eden de inmarchitables flores.

¿Cómo no amar á Virgen tan piadosa?
¿Cómo no hacerla iman de nuestra vida
Si es dulce Madre que humilló gloriosa
Con su pié la serpiente aborrecida?
Madre de Cristo, inmaculada Esposa,
Tú eres estrella siempre apetecida:
Y al venir á la vida te invocamos,
Y al llegar á la muerte en tí esperamos.

¿Pedís su excelso nombre? La mirada
Volved, y escrito lo vereis doquiera;
Y os lo dirá la alondra en la enramada,
Y el nardo y el clavel en la pradera.
Cántalo el hombre en su mortal morada,
Cántalo el ángel en la azul esfera:
Mi lábio en repetirlo se gloria...
¡Oh dulcísimo nombre de MARÍA!

ANTONIO ARNAO.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

El Decalogo, ha dicho y profun-
damente, es el gran código del género hu-
mano.

La lastima es el mas santo y mas pu-
ra de los amores.

Piensa bien, y prepárese la tristeza de
un desengaño al sonrojo de un mal juicio

Se' justos antes de ser generoso; sé hu-
mano antes de ser justo. -

No basta ser bueno es necesario tam-
bien parecerlo, por acatamiento á la
saciedad, por consideracion á si mis-
mo, y por respeto á la verdad. -

Dice Winckelmann, en las buenas
republicas los ciéttanos viven en
charas y los Dioses en templos magni-
ficos, y no hay peor señal que cuando
los templos yásen abandonados, y
los individuos habitan palacios.

Fernan Caballero

¿Quién no conoce en España, y aun
en el extranjero, el nombre que firma
el autógrafo que hoy publicamos?...

Fernan Caballero, el inimitable no-
velista popular, el autor de tantas sen-
cillas narraciones, de tantos cuadros

de familia copiados del natural con pasmosa maestría, de tantas anécdotas encantadoras por el estilo y profundamente cristianas no necesita nuestros elogios. Su reputación es universal, y traducidas al francés, al alemán y á otros idiomas corren sus obras para gloria y prez de las letras españolas.

Nuestros lectores conocerán seguramente los libros de Fernan Caballero. No hay padre medianamente instruido que no los busque para sus hijos, seguro de que en ellos encontrarán estos la mas pura moral, los mas nobles y elevados pensamientos, las mas poéticas y encantadoras narraciones.

Fernan Caballero es un seudónimo. No nos creemos autorizados para publicar, aunque lo sabemos, el nombre de la distinguidísima señora que lo ha adoptado para sus obras.

—
En la página autógrafa de esta señora hay una omisión de alguna frase, que el buen sentido de los lectores suplirá seguramente.

Dice en el primer renglon:

«El Decálogo, ha *dicho y profundo pensador*, etc.»

Debe decir:

«El Decálogo, ha dicho un *sábido y profundo pensador*, etc.»



Las niñas desamparadas.

LA SOMBRA DEL BURRO.



PENSAMIENTOS.

Si eres desgraciado y te queda una esperanza, no te quejes. Si no te queda esperanza, ¿para qué te has de quejar? Sin embargo, nadie debe decir que está desesperado.

El porvenir es el secreto de Dios, es el tesoro que nos guarda. ¿Nos atreveríamos á desconfiar de Dios?

El mejor soldado es aquel que para ir animoso al combate no necesita el estímulo de las músicas y tambores. El mejor estudiante es aquel que cumple sus deberes sin pensar en los premios que le pueden dar. El verdadero premio está en la conciencia.